Chascón contra Tarrat

EL NUEVO PRINCIPE REAL

Chascón
Revista infantil
Nº 17
Año 1

CHASCON

AÑO I N.o 17

Agosto 19 de 1936

Redacción y Administración: Agustinas 1639.—Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE SECCION SALA COLONIA NO HAY NADA

Cuando el Pez Colin descubrió que el cuervo marino proveía de alimentos, no titubeó en procurárselos.

Chascón contra Tarzán

Episodio N.o 17

La lucha entre Chascón y Tarzán estaba anunciada. Desde las ciudades más lejanas acudieron hombres y mujeres a presenciarla. Unos venían en borriquitos, otros a caballo, algunos en elefantes y en camellos.

La Princesa de los Diamantes estaba nerviosa. Deseaba con toda su alma que triunfara Chascón. En cuanto a Tarzán, se preparaba todos los días para la pelea, que sería a caballo y llevando ambos adversarios una lanza.

—Se la ganaré a Chascón, cueste lo que cueste — decíase Tarzán, muy en secreto — y entonces me convertiré en un gran señor, me casaré con la Princesa y después llegaré a ser el rey de este magnífico país.

Por su parte, Chascón no descuidaba su entrenamiento. También estaba resuelto a triunfar. Y ya sabemos que cuando Chascón se proponía algo resultaba muy difícil que fracasara en su intento.

Llegó el memorable día del torneo. La Princesa de los Diamantes le obsequió a cada adversario una lindísima rosa, para que se la pusieran en el casco. A Chascón le dió una rosa roja, símbolo de su ardiente simpatía, y a Tarzán una rosa blanca, para que no se sintiera ofendido.

Chascón y Tarzán entraron al campo en que debían combatir. Ambos iban a caballo. Chascón fué muy aplaudido por la multitud. Tarzán no pensaba sino en triunfar, aunque para ello tuviera que hacer alguna mala jugada.

El Rey, cuando ambos adversarios estuvieron listos, tomó un cohete entre sus manos y, después de encenderlo con mil precauciones, lo lanzó al aire. Salió disparado el cohete, lanzando luces de mil colores por todos lados. ¡Pum, pum, pum!... Ese fué el instante escogido por Chascón para galopar hacia su adversario, que también venía a todo correr a su encuentro.

—¡Muere infame, muere! — gritaba Tarzán, a través de su casco de hierro.

Chascón esquivó el choque. Volvieron a galopar, dispuestos a encontrarse en mitad del campo y a volcarse del caballo de un certero golpe dado con la lanza. Chascón, más ágil y de mejor vista que Tarzán, apuntó con su lanza al pecho de su enemigo. Fué recio el choque. Tarzán cayó al suelo como muerto.

Inmediatamente todos los aplausos fueron para Chascón.

—¡Viva el vencedor!... ¡Viva Chascón, el invencible! gritaban todos.

A Tarzán lo sacaron en camilla y lo condujeron a un hospital, donde se le tuvo que cuidar muchísimo para que no muriera.

(Véase en las páginas centrales la continuación de estas maravillosas aventuras).

Pitirriti entre los Pieles Rojas

I

Estamos en la Pampa, en la pradera inmensa donde pasta el bisonte, donde el feroz piel-roja acecha, donde, a veces, ruge el jaguar, donde habita el cow-boy... En una palabra, estamos en ese lugar donde se desarrollan las películas americanas: el Far-West.

Es por la tarde, el sol está a punto de declinar; la llanura infinita parece desierta, pero no, no está desierta; un jinete camina por la solitaria pampa. Sin duda es un atrevido cazador de potros salvajes a juzgar por el lazo que lleva arrollado a su cintura. Camina el jinete ensimismado. De pronto el caballo que monta se para en seco.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre, Trotón? — pregunta el cazador al noble corcel.

Y éste, como si quisiera contestar a su dueño lanza un relincho doloroso y golpea el suelo con sus patas. Entonces el jinete, elevándose sobre los estribos, dirige una mirada penetrante al horizonte.

¡Un incendio en la pradera!

El cazador sabe que este peligro es de muerte y que, en estos casos, la salvación depende de la rapidez de la huida. Y con la celeridad del pensamiento, da la vuelta a su caballo que, herido por la espuela, sale disparado, galopando furiosamente.

Pero, ¡ay!, de pronto, el noble animal vuelve a pararse en seco.

—¡Maldición! — ruge el cazador — ¿qué nuevo peligro nos amenaza?

Y levantándose sobre los estribos vuelve a mirar a la lejanía.

Todo lo comprende y siente que por su cuerpo corre un escalofrío de terror. Frente a él avanza una manada de bisontes enfurecidos. Lo menos son diez mil. Vienen ciegos, locos, hostigados por algo que no se ve. Y a su paso todo lo arrollan y pisotean.

El cazador comprende que si llegan hasta él está perdido. Pero ¿cómo huír si por detrás avanza el incendio?

Sólo le queda un recurso: huír por la derecha para evitar el encuentro de los bisontes.

El corcel, más que correr, vuela. Parece comprender que sólo de su velocidad depende la salvación y galopa, galopa, cubierto de espuma. Jinete y caballo están a punto de trasponer la línea en que el fuego y los bisontes van a unirse y cogerlos en medio; un esfuerzo más y están salvados. Pero entonces el cazador ve con horror que frente a él, a pocos metros de distancia se abre un abismo profundísimo. Ya no queda sitio por donde huir, el bravo cazador está perdido.

Y este cazador... ¡es Pitirriti!

II

Vamos a explicar cómo se encontraba el famoso aventurero en el Far-West.

A Pitirriti le gustaba mucho el cine. Y una tarde, se hallaba nuestro héroe, sentado en una localidad de preferencia, presenciando una película sensacional titulada. "Los piratas de la pradera" y cuya acción se desarrollaba entre indios y cow-boys.

Seguía Pitirriti con atención profunda las peripecias de la pantalla cuando, de pronto, lanzó un grito que asustó a la concurrencia. La cosa no era para menos. Figuraos que entre los indios que salían en la película acababa de reconocer... ¡a su enemigo Chalaco!

Pitirriti galopaba por la pradera.

No cabía duda, era el mismo Chalaco, disfrazado de piel roja.

—¡Y había que ver las maldades que el perverso pirata hacía allí!

Acababa de robar a una preciosa muchacha completamente americana, que había tenido la mala ocurrencia de

salir a dar un paseo a caballo y se había perdido en una selva.

Conociendo, como conocéis todos, el noble corazón de Pitirriti, no os extrañará lo más mínimo saber que, sin esperar siquiera a que terminase la película, el valiente muchacho salió disparado del cine, llegó a su casa, cogió su famoso maletín de viaje y, después de entregar la llave a la portera y despedirse de ella, se dirigió a la estación.

A los pocos días llegaba nuestro héroe al Far-West, donde, gracias a sus indagaciones y a su maravilloso olfato detectivesco, pudo averiguar, al punto, que en una comarca cercana había aparecido, hacía poco, una terrible tribu de indios capitaneados por un jefe llamado Tcha-lah-cko (que en indio quiere decir elefante distinguido). Al punto comprendió Pitirriti que este nombre no era otro que el de Chalaco, desfigurado. También averiguó nuestro amigo que lo que había visto en el cine era la pura verdad y que los pieles rojas habían secuestrado a la americanita de la película — que se llamaba Miss Clary — sin duda para pedir un cuantioso rescate por ella.

Desde el día de su llegada, Pitirriti, que era muy diestro en el manejo del lazo, se dedicó a la caza de potros salvajes; así recorría la pradera en busca de una pista que le descubriese el paradero del falso Tcha-lah-cko y de la encantadora Miss Clary.

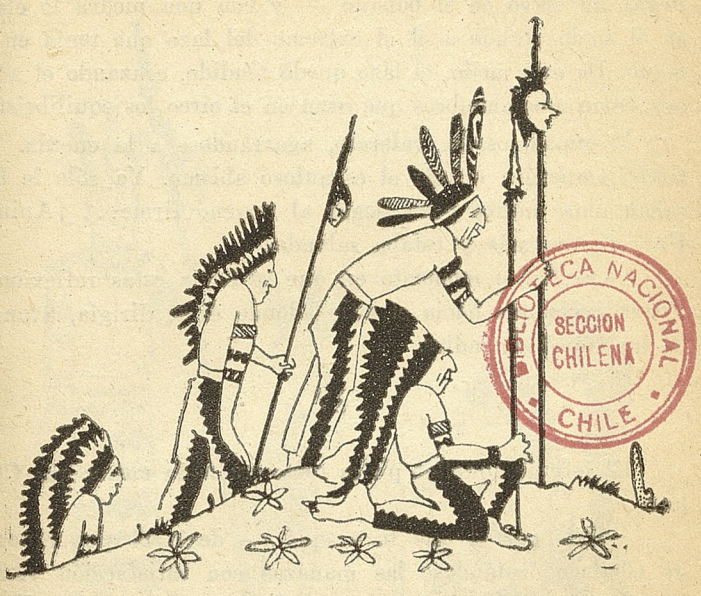
Y así fué cómo le sorprendió el incendio y los bisontes la tarde que empieza esta historia.

III

Dejamos a Pitirriti al borde de un abismo, amenazado, de un lado, por una manada de furiosos bisontes y, del otro, por un horroroso incendio, sin poder huír por ninguna parte.

Para colmo de desdichas el caballo, al apearse Pitirriti

para estudiar el terreno, había huido enloquecido por el terror confundiéndose entre los bisontes. Pitirriti estaba solo ante los tres peligros que le cercaban. ¿Qué hacer?


BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

All. estaban los Pieles Rojas, con sus armas y sus plumas

Se disponía ya a abandonar la vida cuando se fijó en el lazo que llevaba arrollado a la cintura. Y una idea audaz cruzó su mente. Rápido como el relámpago desenrolló el lazo.

Al otro lado del abismo alzábase un promontorio de rocas abruptas y, de entre ellas, surgían algunos árboles gigantescos. Pitirriti manejaba el lazo como un gaucho y, apuntando a la rama más alta de una enorme encina, lo lanzó con brío. ¡Zas!

El lazo cruzó el espacio y con maravillosa precisión fué a engancharse en la rama. Entonces Pitirriti sacó un clavo del bolsillo — nuestro héroe tenía siempre la precaución de llevar un clavo en el bolsillo — y con una piedra lo clavó en el suelo atando a él el extremo del lazo que tenía en la mano. De este modo, el lazo quedó tendido, cruzando el abismo, como esos alambres que usan en el circo los equilibristas.

Y audaz, osado, valeroso, agarrándose a la cuerda, Pitirriti empezó a cruzar el espantoso abismo. Ya sólo le faltaban unos metros para llegar al terreno firme... ¡Animo! Un esfuerzo más y estaba salvado.

¡Ay! En el momento en que se hacía estas reflexiones, Pitirriti vió que hacia el sitio adonde él se dirigía, avanzaba un tropel de indios.

IV

El jefe de aquellos pieles rojas era nada menos que Chalaco.

—Esta vez si que te pesqué — decía el sinvergüenza de Chalaco frotándose las manazas con satisfacción viendo al pobrecito Pitirriti a dos pasos de caer en su poder. Y así fué.

El valeroso, el noble, el arriesgado Pitirriti, triunfador de tantos y tantos peligros, fué hecho prisionero y atado como un vulgar salchichón.

V

En el campamento de Chalaco todo es alegría y danzas. En derredor de varias hogueras, grupos de feroces indios bailan dando grandes saltos y lanzando horribles alaridos. ¡Uuuuj... jarrr!... Uuuuj.... jarrr!...

Es la danza de la victoria.

¡Uuuuj... jarrr!... ¡Uuuuj... jarrr!... rugían fuera los feroces indios cada vez más enfurecidos por la danza y el vino.

Chalaco se había convertido en jefe de los indios

—Ha llegado el momento de mi venganza. ¡Muera Pitirriti! — exclamó Chalaco poniéndose en pie—. Ea, vamos a verle y acabemos de una vez.

Llegaron a la puerta donde vigilaban cuatro indios armados hasta los dientes.

Pero la tienda estaba vacía. Pitirriti había desaparecido.

—¡Maldición! — rugió el infame Chalaco — ¡se ha escapado!

No se veía señal alguna por donde el prisionero pudiera haber salido. Pero entonces vieron en un rincón, atado y oculto por unas esteras, a un indio amordazado y desnudo.

Le desataron y después de quitarle la mordaza le interrogaron.

He aquí lo que refirió el indio.

—Anoche, al entrar a asegurarme de que el prisionero dormía, me sentí de pronto sujeto por dos brazos de hierro que me arrojaron al suelo. Quise gritar para avisar a mis compañeros, pero me fué imposible porque el prisionero me ató un pañuelo en forma de mordaza. Luego me ligó los brazos y las piernas, hecho lo cual me despojó de mis plumas, de mis ropas y de mis armas y se las puso él después de pintarse el rostro con agua teñida de rojo con un trozo de cántaro. Disfrazado así parecía que era yo, hasta tal punto que a mí mismo me costó trabajo no reconocerme. Después salió tan tranquilo. Supongo que mis compañeros, confundiéndole conmigo le dejarían pasar sin sospechar nada. Esta es la historia.

—Apresurémonos — gritó Chalaco echando chispas por los ojos—; no debe estar muy lejos. Que vengan los mejores rastreadores, que me sigan los más ágiles jinetes, corramos en persecución del odiado enemigo y donde quiera que le alcancemos su cabellera será mía, ¡lo juro por la tortuga sagrada!

Al oír lo de la tortura sagrada todos los presentes se arrojaron al suelo y clavaron la nariz en la tierra. Después de cinco minutos de postración, según obligan los ritos indios, se levantaron todos y salieron de las tiendas dispuestos a seguir las huellas del fugitivo.

Al pasar por la cabaña donde se hallaba encerrada la

Pitirriti, disfrazado de indio, libertó a la prisionera

dulce Miss Clary, Chalaco quiso asegurarse de que estaba bien vigilada.

¡Menuda sorpresa le aguardaba!

La prisionera había desaparecido, porque Pitirriti, que no hacía las cosas a medias, valiéndose de su disfraz, se la había llevado haciendo creer a los centinelas que la conducía a presencia del gran jefe.

VI

Aprovechando las sombras de la noche, los dos fugitivos, arrastrándose como dos lagartijas, salieron del campamento y se internaron en un bosque cercano.

Pero Miss Clary estaba tan fatigada, que hubo que descansar un momento, lo que aprovechó Pitirriti para despojarse del traje de indio y lavarse la cara y las manos volviendo a tomar su simpático aspecto de siempre.

De pronto, Pitirriti, que tenía el finísimo oído del cazador de las praderas, creyó distinguir un lejano e imperceptible rumor. Inmediatamente se echó al suelo y pegando el oído a la tierra escuchó.

A Miss Clary le latía apresuradamente el corazón. Al cabo de dos minutos Pitirriti se levantó y dijo con grave pero serena voz:

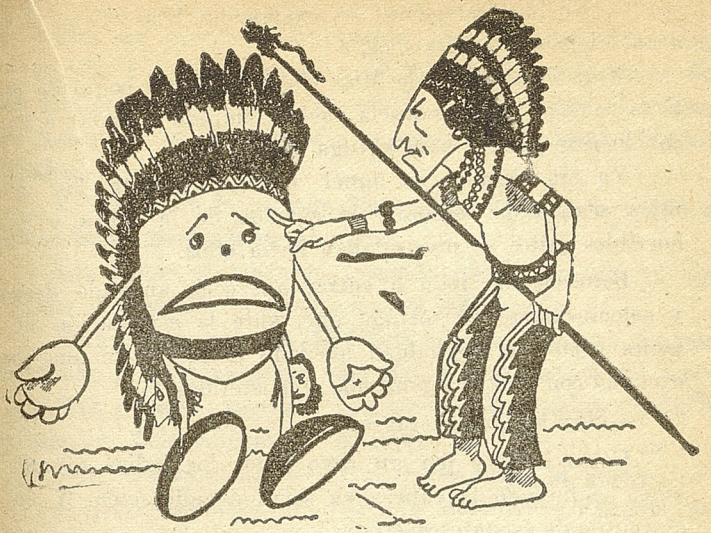
—¡Nos persiguen!

Los dos fugitivos siguieron andando hasta llegar al pie de una abrupta montaña. Con agilidad de cabras treparon por las rocas, expuestos mil veces a estrellarse. Miss Clary no podía más cuando Pitirriti descubrió una cueva oculta entre las matas y las piedras.

—Entremos y escondámonos en este sitio — propuso el gran aventurero.

Y el bravo Pitirriti penetró resueltamente en la cueva; Miss Clary le seguía. Afortunadamente la cueva estaba vacía; sólo había, en un rincón, una cosa que, después de observada detenidamente, resultó ser el caparazón de una tortuga que, sin duda, estaba allí desde hacía largo tiempo.

—Si esta tortuga hubiera estado viva nos habría servido de alimento — dijo Pitirriti bostezando de hambre—¡



Le pasaron un dedo mojado por la cara y se destiñó

desgraciadamente no queda más que la concha y ésta no nos puede servir de nada.

—Oigo ruido — exclamó Miss Clary.

Pitirriti se asomó a la entrada de la cueva y miró. Al pie de la montaña había un numeroso grupo de indios. Se veía que estaban desconcertados y que habían perdido la pista de los fugitivos cuyas huellas cesaban allí mismo.

VII

Ya suben, ya suben—dijo de repente Miss Clary, asomando su linda cabecita por la abertura de la cueva.

—¡Maldición! — rugía desesperado Pitirriti dando vueltas como un león enjaulado—. Nos van a coger como a ratones en la ratonera. Y yo no tengo ni un arma para defendernos...

—¡No hay salvación! — exclamaba Miss Clary elevando al cielo sus azules ojos.

Ante el asombro de Miss Clary, Pitirriti cogió de pronto la concha y poniéndosela encima empezó a andar a gatas, con lo que parecía una tortuga viva.

Ya era tiempo; en aquel mismo instante los pieles rojas acaban de descubrir la entrada de la cueva y dando horribles gritos se precipitaban hacia ellos.

Pero cuando iban a entrar apareció, andando despacio y solemnemente, la tortuga que, ante la espectación de los pieles rojas que se habían quedado mudos y de una pieza, exclamó con una voz profunda y misteriosa:

—Soy la tortuga sagrada.

Como heridos por un rayo todos los indios cayeron al suelo inclinando la cabeza en señal de adoración. Y en un murmullo de espanto repetían:

—Es la tortuga sagrada.

Entonces, en medio del silencio más profundo se oyeron estas palabras que salían de la sagrada tortuga:

—Hijos del gran Manitu, oidme atentos. Hay entre vosotros un traidor y yo vengo desde las praderas gloriosas donde reina el gran Manitu para descubrir al impuro.

Al oír estas palabras los indios se miraron unos a otros con el rabillo del ojo. La cosa debía de ser grave cuando la tortuga sagrada venía desde las praderas gloriosas donde reina el gran Manitu para denunciar al culpable.

—¿Qué debemos hacer, oh, gran tortuga? — preguntó el que parecía tener más categoría.

—Volveos al pie de la montaña y cuando lleguéis ante el jefe Tcha-lah-cko, fotad su cara con agua y si véis que se despinta será la prueba de que bajo ese falso piel roja

se oculta un traidor rostro pálido. También os ordeno que os volváis a vuestras casas y abandonéis la persecución de los que odia el traidor Tcha-lah-cko. Obedecedme al punto, yo me vuelvo a las gloriosas praderas donde reina el gran Manitu.

Y dicho esto la tortuga dió media vuelta y se volvió a meter tranquilamente en la cueva.

Los indios se lanzaron montaña abajo llevando en sus pechos el fuego de la más tremenda indignación.

Figuraos la sorpresa de Chalaco cuando en vez de verlos traer a los prisioneros notó que venian en actitud amenazadora y que el segundo jefe, avanzando decididamente, le pasaba un dedo mojado por la cara.

—¡¡¡Se despinta!!! — gritó el que hacía la prueba.

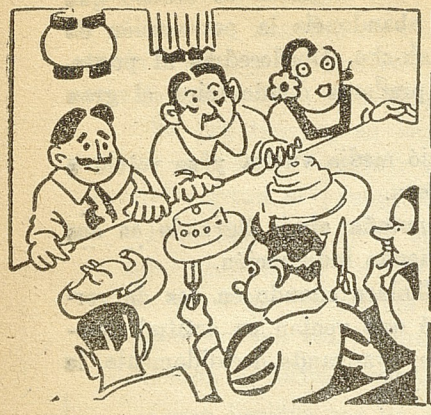
—¡¡¡Se despinta!!! — rugió la multitud—. ¡Es un rostro pálido! ¡Que muera!

Chalaco comprendió que había sido descubierto y que estaba perdido. Dando un salto prodigioso se avalanzó sobre su caballo y antes de que los indios volviesen de su sorpresa salió galopando como un condenado.

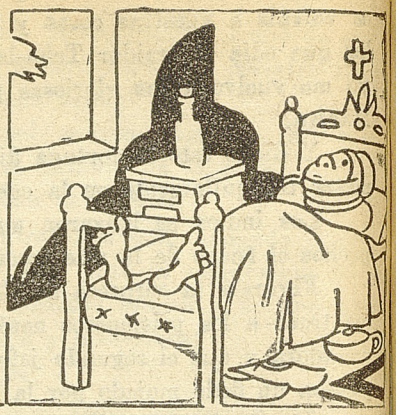
En cuanto a Pitirriti, tan pronto como se retiraron los pieles rojas, salió tranquilamente de la cueva con Miss Clary y ya sin obstáculos llegaron a la granja donde vivía el papá de la americanita.

El cual, loco de alegría al volver a recuperar a su hija, no sabía qué hacer con Pitirriti, al que regaló un rifle americano y una hermosa piel de jaguar en recuerdo de su paso por el Far-West.

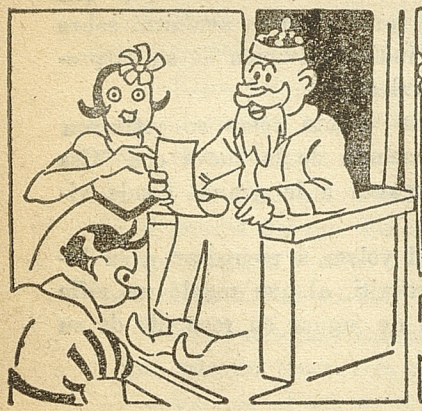
FIN



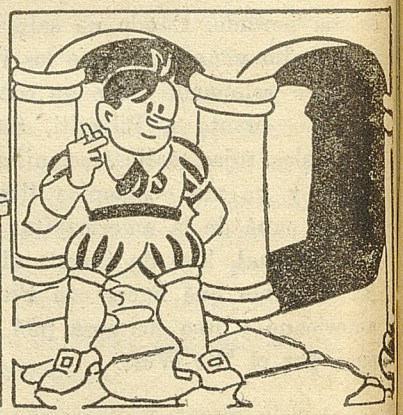
1.—En el Reino de los Diamantes hubo grandes fiestas populares para celebrar el triunfo de Chascón.



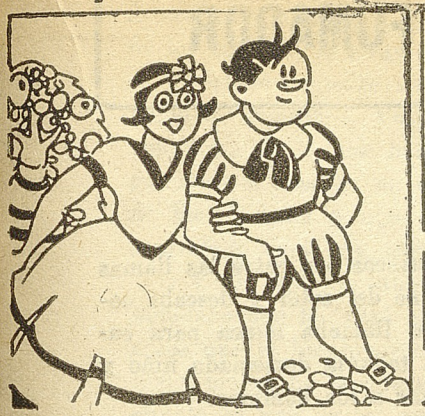
2.—Mientras tanto, Tarzán estaba en el hospital, reponiéndose del tremendo golpe que le diera su enemigo.



3.—El Rey se sentó en su trono y, con gran pompa, le dió a Chascón el título de Príncipe.

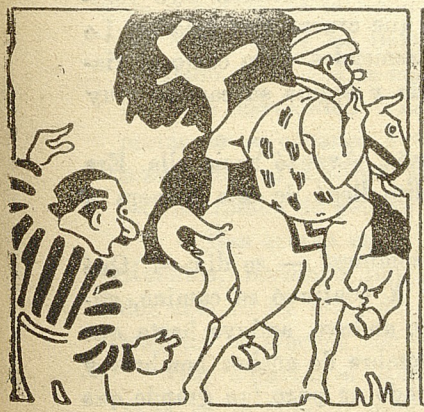


4.—Después de la ceremonia, Chascón salió a fumarse un cigarrillo y se encontró con la Princesa.



5.—Juntos se fueron a pasear por el jardín. La Princesa le dijo que dentro de un mes se verificaría el matrimonio.

6.—Pero Tarzán, apenas se sintió mejor, huyó del hospital sin ser visto, dispuesto a preparar su venganza.



7.—A un pobre hombre que estaba solo en el camino, le robó su caballo y se fué a las montañas.

8.—Después de galopar un día entero, llegó a la cueva del bandido Puño de Hierro y le contó su aventura.

¿Ayudará Puño de Hierro a Tarzán? Véalo en el próximo número.

EL DEMONIO FUMADOR

Un diablito joven andaba a brincos por entre las llamas del infierno. Comenzaba a aburrirse del calor y deseaba correr aventuras. Pero el Rey no lo llamaba nunca para enviarlo a la tierra. Lo consideraba todavía demasiado niño y poco experimentado para ir a tentar a los hombres.

Sin embargo, el diablito resolvió huír por unos días. En cuanto vió que las puertas del infierno quedaban entreabiertas, salió moviendo la colita y haciendo girar los ojos.

Anduvo a través de una espantosa oscuridad. Oyó rugidos de fieras desconocidas. Tuvo que cruzar ríos helados. Le azotaron los vientos más fríos y tremendos. Pero como el viajero era un diablito, no temía nada y seguía su camino muy contento.

De repente vió una luz extraña. Avanzó hacia ella. Era la salida de una gruta. El diablito llegó de esta manera a la tierra.

—¡Al fin estoy entre los hombres! — se dijo—. ¡Qué de aventuras voy a correr ahora! Y continuó su camino, silbando como un chiquillo. Anduvo, anduvo, anduvo hasta que llegó a una cabaña. Dentro, un hombre de anchos hombros y cara de pocos amigos estaba fumando un puro tan grande que parecía un cañón. Echaba tanto humo por boca y narices, que el diablito pensó que a lo mejor esa cabaña era una sucursal del infierno. De modo que, sin pensarlo más, llamó a la puerta con la cola.

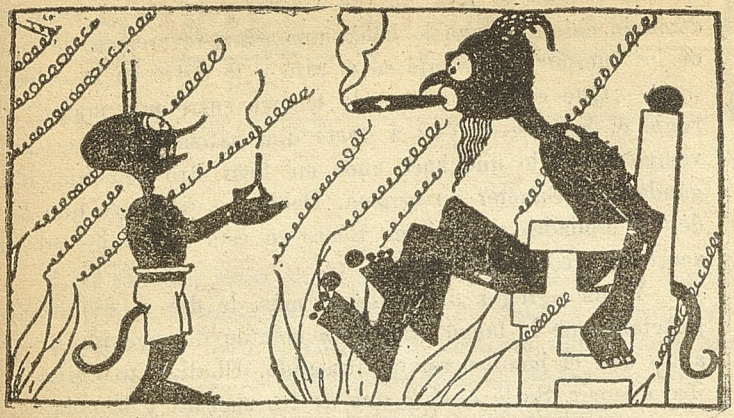
El hombre se levantó, fué a abrir y en cuanto vió a ese demonio chiquito, que le hacía una gran reverencia, lo tomó de los cuernos, lo levantó en el aire y lo entró en la cabaña.

—¡Qué contento estoy de tenerte entre mis manos! — rugió el hombre—. Voy a darte una paliza espantosa, para vengarme de lo que hace años me hizo otro demonio, obligándome a cometer un crimen. Debido a eso, tuve que huir de las ciudades y aquí me tienes en esta miserable cabaña, acorralado como un jabalí.

Y sin agregar una palabra más, le dió al diablito un puñetazo que lo lanzó contra un montón de cigarros iguales a los que el hombre estaba fumando. El diablito creyó que iba a morir. Se le quebró uno de los cuernos y la cola se le enredó en uno de los cigarros. Pero como la ventana estaba abierta, el diablito salió corriendo por ella, antes de que el hombre le diera un segundo golpe y lo dejara partido en dos. Corrió el diablito hasta la gruta por donde entrara a la tierra y regresó al infierno aullando de susto y de dolor. Apenas estuvo entre las llamas infernales, el cigarro que llevaba enredado en la cola se encendió y comenzó a echar más humo que una locomotora. Los demonios que presenciaron el espectáculo se echaron a reír a carcajadas y, riendo, riendo, condujeron al diablito hasta el Monarca del Infierno, que ese día estaba de pésimo humor.

—Has estado en la tierra sin mi permiso — le dijo el Monarca, lanzando llamas por la nariz. Voy a encerrarte dos años en un tonel de plomo derretido y haré que cada dos minutos te pinchen con un tenedor.

En seguida, el Monarca le arrancó el cigarro que llevaba en la cola y, muy satisfecho, comenzó a fumar. Pero como no estaba acostumbrado a hacerlo, no tardó en marearse. El infierno comenzó a girar en su cabeza, todo lo vió patas arriba y tuvo que recostarse en una llama verde y



El infierno comenzó a girar en su cabeza....

azul para no caerse de bruces en otras llamas que quemaban muchísimo más.

En cuanto al diablito, tuvo que sufrir el castigo que le impusieran y se juró muy solemnemente no volver más a la tierra, aunque se lo ordenaran. Al fin y al cabo, le había ido en la cabaña mucho peor que en el infierno.

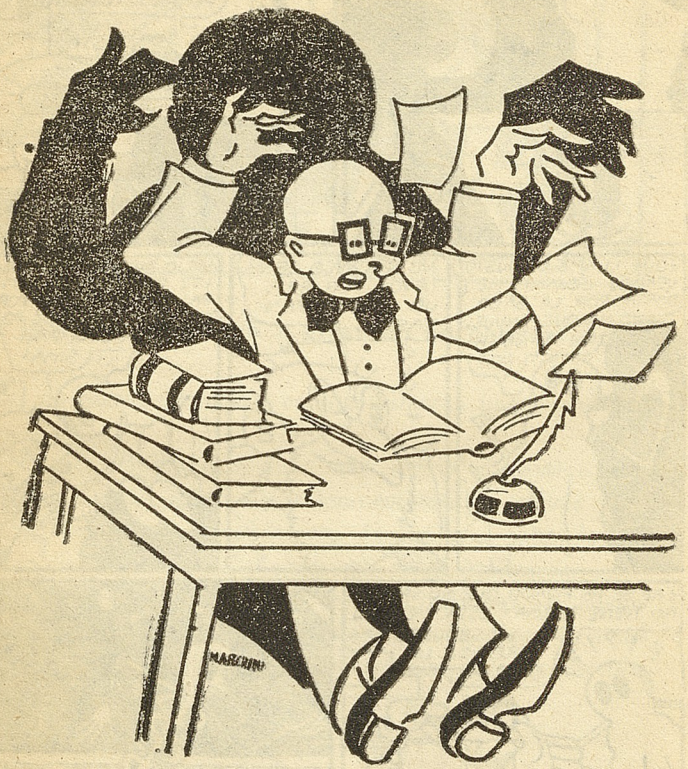
—¡Qué puños tan terribles tenía el infame! — suspiraba el diablito, recordando el puñetazo que le diera el hombre de la cabaña, el día que le quebró uno de sus cuernos nuevecitos y brillantes.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

El Fantasma Quiscoso

En esta historieta vemos que un agenciero viejo es más astuto que un fantasma

Don Perico Chufaseca



C áscaras, cascarillas y cascarones! exclamó don Perico

Estaba don Perico Chufaseca revolviendo manuscritos llenos de polvo y telarañas cuando, al volver la hoja de uno de aquellos mamotretos exclamó:

—¡Cáscaras, cascarillas y cascarones!

Y rascándose la frente dió un salto mortal, se bebió la tinta de un tintero inmediato, se sentó sobre el sombrero y dió un mordisco a su peluca. Todas estas barbaridades eran señales de que don Perico Chufaseca estaba en el colmo del regocijo.

¿Qué había leído que tanto le entusiasmara? Que existía una pomada maravillosa, con la cual se le podía hacer salir el pelo hasta al mármol de una mesita de noche; y como don Perico tenía la cabeza como un melón, salvo la peluca, se prometió buscar aquella pomada dondequiera que se encontrase. Pero el mismo libro decía que el tal ungüento se hallaba en el Palacio de los *Estornudos*, situado en el país de los *Catarros*, sobre la montaña de los *Aires Colados*.

Salió nuestro Perico en busca del susodicho palacio, y apenas entró en la comarca donde se asentaba, vió una larga fila de calvos que marchaban en la misma dirección. Agolpáronse todos junto a la puerta del edificio, no siendo las mujeres peladas las menos diligentes en pedir que les abrieran; y como todos querían quitarse la calva, y la pomada era poca, se armó una cachetina tan feroz que muchos perdieron el poco pelo que les quedaba, alguno se dejó clavado un ojo en el picaporte de la puerta, y entre muelas y narices rotas se cargaron dieciocho carros de cuatro mulas cada uno.

Don Perico, más prudente, sólo sacó rota la casaca; pero de dos puñetazos le dejaron corto de vista y le hicieron aprender francés.

En vez de entrar por la puerta se coló en el Palacio por una ventana, y en el momento de pisar la primera habitación dió tan terrible estornudo que fué a dar con las narices contra la pared de enfrente. Apareció un gato negro

que poniéndose en dos pies le habló de esta manera:

—¿Qué viene a hacer aquí la flor y nata de los Pericos?

—Vengo a buscar remedio a mi calvicie.

—La verdad es — dijo el gato encaramándosele sobre la cabeza — que no tienes pelo de tonto, ni tampoco de discreto.

Estornudó otra vez Perico con tal violencia que salió el gato disparado contra una araña y él cayó atontado sobre un sofá.

—Si quieres la pomada — dijo el gato—, asómate a ese balcón y di tres veces sin reirte: ¡Soy un borrico pelón! Si no te ríes, tuya será la pomada, pero si no estás serio, te doy dos arañazos en la rabadilla, que no te vas a poder sentar a gusto en seis meses.

Asomóse Perico, contemplando con asombro la ciudad de *Calvópolis*, de que era principal adorno el palacio de los *Estornudos*. Echó mano de toda su seriedad y dijo con énfasis:

—¡Soy un borrico pelón!

Pero aún no había terminado de decirlo, cuando le entraron unas furiosas ganas de reír; soltó una carcajada y veinticinco estornudos; abalanzósele el gato negro, clavándole uñas y dientes en el sitio más carnoso de la espalda. Salió huyendo Perico llevando el gato agarrado y pasó como un rayo a través de las habitaciones del palacio, y aquí fué ella: más de quinientos calvos y calvas corrían en todas direcciones dando feroces estornudos y chocando unos con otros. Aquello era una endiablada confusión. Perico, atropellándolo todo, derribando personas y muebles siguió su camino hasta dar con una habitación cuya puerta, al cerrarse tras el pobre hombre, cogió al gato por el pescuezo arrancán-

dole del sitio indicado en donde Perico le llevara. Respiró el pobre hombre, y llevándose la mano a la parte dolorida pensó un momento en su situación. Pero era testarudo y dijo:

Los pelados iban en busca del ungüento maravilloso

—Sin la pomada no me voy, aunque me revienten.

Y dicho y hecho, se puso a buscarla por la habitación. Revolvió todo, abrió los cajones de los muebles, levantó los ladrillos del suelo, hasta que por último dió con un tarro de hoja de lata forrado de papel azul en el que se leía: "*Pomada Maravillosa*"; lleno de regocijo destapó el tarro, viendo que su interior estaba lleno de una pasta amarilla. Metió el dedo en la pasta, pero se le escurrió el tarro y se vertió su contenido en el suelo. Llevóse las manos Perico a

la cabeza y se llenó de pasta con sus untados dedos la frente, la nariz y los párpados, y ¡oh poder misterioso! le salió en el acto una larguísima trenza de pelo por dondequiera que se tocó, con lo cual estaba el pobre hecho un adefesio. Miróse a un espejo y se encontró tan horrible que echó a correr espantado de sí mismo; y esta vez, como si llevara clavado al gato, corrió por los salones sin encontrar a nadie; la puerta de la calle estaba abierta y el palacio había perdido su virtud de hacer estornudar.

Apenas se encontró en la calle Perico, se vió perseguido por chicos y grandes, que creían que era un oso y le apedrearon sin compasión. Rendido de cansancio se apoyó en un árbol, y apenas hubo tocado la corteza con la grasa que aún le quedaba entre los dedos, comenzó a brotar pelo y más pelo hasta formar un bosque enmarañado.

—¡Maldito afán por tener pelo! — gritaba Perico—. Por no resignarme a ser calvo me pasa todo esto.

Arañado, y mordido, llena de pelo la cara y pelada la cabeza llegó a su casa el señor de Chufaseca, que por primera providencia mandó llamar al barbero y se hizo arrancar en seco aquellos pelos inoportunos.

Y cuando se vió aproximadamente como antes, dijo:

—Bendita sea mi calva, pelada como una bola de billar: al fin y al cabo, no hay calvo que no haya tenido buen pelo.

Y colorín colorado,
este cuento ha terminado.

La bruja del colmillo negro

Cuando llegó doña Canuta, no se dió cuenta de lo que había sucedido

Doña Canuta era bastante fea. Usaba un moño ridículo, tenía una nariz muy parecida a una zanahoria, sobre sus ojos crecían continuamente unas cejas terribles y, en su boca, no se veía sino un enorme y negro colmillo. Asustaba a cualquiera doña Canuta. Además, era bruja, y sus maldades eran más numerosas que las arenas de todas las playas del mundo. Los niños temían a doña Canuta muchísimo más que al demonio y tenían razón.

Un día, al pasar doña Canuta por un jardín, le pisó la

cola de su vestido de seda a un hada chiquita que estaba tomando el sol. El hada dió un grito de espanto y doña Canuta, al darse cuenta de lo que había hecho, soltó una tremenda carcajada. Esto indignó al hada de tal manera que resolvió vengarse.

El hada, que conocía todos los secretos de las hierbas, echó un puñado de hierbecitas verdes en la olla. En seguida, el hada se marchó, sobándose las manos, muy contenta. Cuando llegó doña Canuta, no se dió cuenta de lo que había sucedido.

Pero he aquí que en cuanto se echó a la boca una lechuga con acelgas, se quedó dormida. Después, salió volando, hasta llegar a un país muy hermoso. Allí estaba, vestida de seda, y rodeada de pajes armados hasta los dientes, el hada que ya conocemos. En cuanto vió aparecer a doña Canuta, dió orden a los pajes de que la amarraran.

Acto seguido, ordenó a los pajes que le sacaran el colmillo y que le dieran una sonora y despiadada paliza. Quedó tan molida con los golpes, que si se movía a uno u otro lado lanzaba unos aullidos de dolor. Después el hada ordenó que la dejasen libre. Doña Canuta volvió a volar por los aires y volando, volando, regresó a su vivienda. Entonces abrió los ojos. Sintió, inmediatamente, un dolor muy agudo en la boca. Se llevó a ella la mano y se dió cuenta de que había perdido su único colmillo.

Llorando siempre a grito pelado, salió doña Canuta por el mundo en busca de su colmillo. Desde que lo perdiera, su maravilloso poder de bruja había desaparecido. Caminó doña Canuta,, caminó cien leguas y al cabo de ellas, al ver que su colmillo no estaba en nniguna parte, cerró los ojos y se lanzó de cabeza a un precipicio.

El Rey Narigón

Vinieron los soldados que poseían una puntería más certera

Ha habido hombres crueles en la tierra; pero ninguno ha sido más cruel que el terrible Cejijunto III, rey de las Tierras sin Sol. Cejijunto III era, además, narigón, espantosamente narigón, y por eso, precisamente, era tan cruel, pues le avergonzaban sus narices inverosímiles y, para que no se rieran de él, ahogaba en sangre todo intento de sonrisa.

—Este hombre, nuestro rey, nos está matando como a moscas — decían sus súbditos. Ya no podemos seguir soportándolo.

Pero Cejijunto III pagaba muy bien a sus soldados, de manera que estos le obedecían en todo. El pueblo se veía obligado, pues, a soportar humildemente todos los caprichos y crueldades de Cejijunto.

Un día, Cejijunto oyó hablar de un mago que todo, absolutamente todo lo podía. Le invitó a comer y le vistió como a un noble señor de su reino. En seguida le dijo:

—Tú que todo lo puedes, ¿por qué no me acortas las narices?... Si logras hacerlo, te regalaré el Valle de los Rubíes

y las Montañas de las Esmeraldas.

El mago se puso muy contento. ¡Al fin iba a ser debidamente apreciado por un rey! Comenzó, entonces, a hacer unas cuantas señales misteriosas con las manos.

—¿Qué haces? — le preguntó Cejijunto.

—Estoy tratando de que tus narices disminuyan de tamaño. Estos gestos que hago lo pueden conseguir.

Cejijunto III guardó silencio y esperó que sus narices se achicaran. Sintió de repente un cosquilleo extraño en la nariz. El mago dejó de hacer gestos y le dijo:

—Ahora, mírate en un espejo.

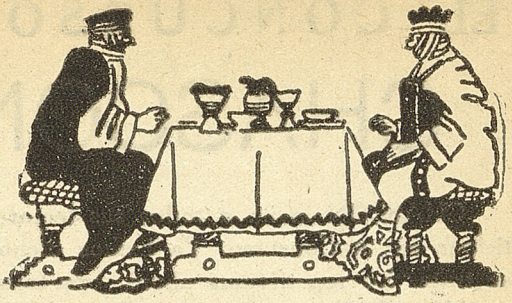
Corrió el rey hasta un espejo de dos metros que tenía en una sala contigua y dió un grito de espanto. No era para menos. Sus narices habían desaparecido por completo. Se veía más feo que nunca el pobre rey.

—Si no me haces crecer de nuevo la nariz — le dijo el soberano al mago — te haré meter en una caldera repleta de plomo derretido.

El mago, más asustado que un conejo, comenzó otra vez a hacer gestos y más gestos extraños, y tantos gestos hizo que la nariz del rey comenzó a crecer, a crecer, a crecer desmesuradamente. El mago había cerrado los ojos mientras hacía estos gestos, de manera que no veía sus resultados.

Cuando el mago abrió los ojos, vió que la nariz del rey había hecho un hoyo en el techo del palacio y subía hacia las nubes. Mil pajaritos se posaban en ella, cantando y persiguiéndose.

El mago, al contemplar tal cosa y, temeroso de los grandes alaridos que lanzaba el rey, salió corriendo lo más rápidamente que pudo. Como era un mago verdaderamente poderoso, escapó en un segundo más allá de los mares y de las montañas. Hasta hoy no se ha sabido más de él.



Desde entonces, el rey dejó de ser cruel

Al otro día, el pueblo vió las narices del rey que salían como una chimenea del palacio y se ponían, muy arriba, a olfatear al sol. Vinieron los mejores soldados, aquellos que poseían una puntería más certera, y — para librar al monarca de sus absurdas narices — dispararon contra ellas. El infeliz soberano daba tales gritos que se le escuchaban en la China, y más allá todavía, muchísimo más allá. Al fin, quedó con unas narices chiquitas, chamuscadas como si hubieran sido puestas al fuego. Fué tal su vergüenza, que no salió más de su palacio y hasta se olvidó de seguir siendo cruel.

Los súbditos, para halagarle, se hicieron masajes en la nariz y todos quedaron ñatitos como monos. Entonces el rey sonrió por vez primera y dió un gran festín a todos sus ñatos. Desde aquel día, reinó en el país de Cejijunto una gran tranquilidad. Un viejo muy sabio, comentando el asunto, solía decir:

—Antes, el rey era malo porque metía sus narices en todo... ¡Benditos sean los mosqueteros que se las cortaron!....

EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — **Casilla 63-D.**

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se darán buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 23 de septiembre.

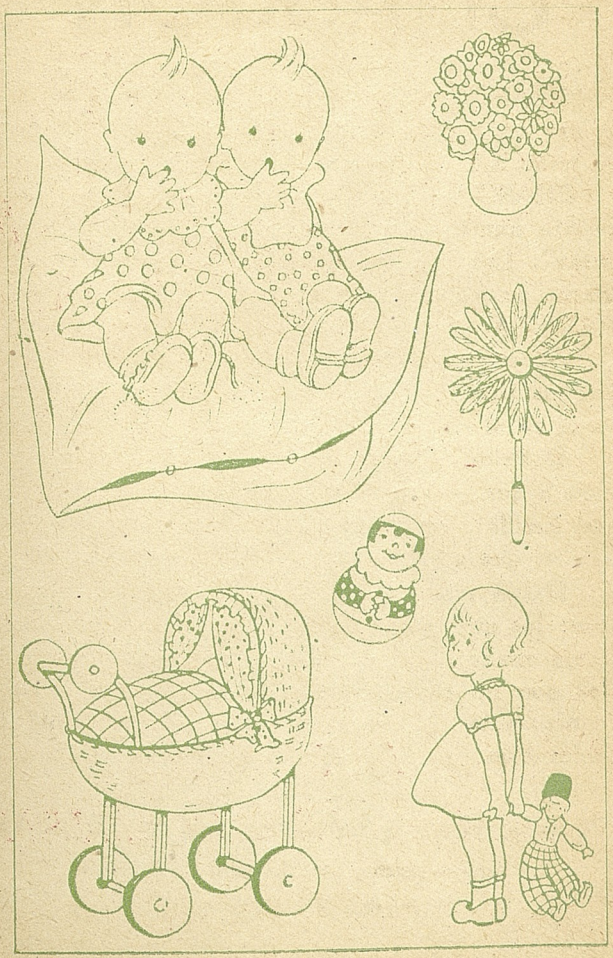
El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrá más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que mejor colore los 16 cuadros de la Página del Concurso.

PAGINA DEL CONCURSO

(CUADRO N.o 12)



Pinte este cuadro y envíelo con su nombre y dirección a esta revista.

. . . mi abuelito tiene la culpa de que te duela la vista, porque no te hizo estudiar con buena luz cuando eras chico . . .

YO NO QUIERO QUE ME PASE LO MISMO!

Tienes razón, hijito; pediré a la CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA. un estudio de la intensidad luminosa que se debe emplear en nuestro hogar.

Imp. Ercilla